

## CARIDAD.

(CARACTERES DE LA)

*Hoc est præceptum meum ut diligatis invicem.*

Este es mi precepto; que os améis los unos á los otros.

(Joann. xv, 12.)

Toda la economía de nuestra santa religion descansa sobre el robusto cimiento de la caridad. Ella es el principio de las ideas más sublimes, de los pensamientos más nobles, de las empresas más gigantes. Cuando Jesucristo quiso echar los cimientos de la Iglesia, dijo á sus discípulos: Un nuevo precepto os doy, y es, que os améis los unos á los otros; é insiste en ésto una y otra vez diciendo: en ésto conocerá el mundo que sois discípulos míos; si os amareis mutuamente como yo os he amado. De esta virtud quiero hablaros en el presente discurso. Explicándoos lo que mira al precepto de la caridad, os haré ver la indispensable necesidad de esta virtud, de donde podreis sacar poderosos estímulos que os exciten á adquirirla; y enseñándoos cuál debe ser la práctica de ella, os señalaré los diversos caracteres, que podrán servir de reglas para juzgar y conocer vosotros mismos, como habeis cumplido, hasta el presente, con una de las más esenciales obligaciones de la vida cristiana. Imploramos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. La caridad no es solo un consejo evangélico, sino un precepto tan del gusto del Salvador, que hizo de él su precepto particular: *Este es mi precepto*, JOANN. XV, 12, decia á sus apóstoles; y es, que os améis unos á otros. Admirable motivo de que usaba S. Juan, el amado de Jesucristo y el apóstol de la caridad, cuando, recorriendo las iglesias de Asia, cuyo patriarca y fundador era, repetia sin cesar en las concurrencias de los fieles estas palabras: *Amados hijos míos,*

*amaos unos á otros*. JOANN. XV, 12. Y habiéndole representado sobre ésto sus discípulos, diciéndole, que siempre les predicaba una misma cosa; y preguntándole por qué razon reducía todas sus enseñanzas y exhortaciones á esta sola obligacion, les dió esta respuesta tan digna de reflexionarse: *Porque es precepto*, les dijo, *de nuestro Maestro; y si lo observais, basta para haceros perfectos segun Dios*. Ved, á ejemplo de este grande apóstol, lo que nunca deberia dejarse de decir; y si os cansareis de escuchar siempre esta enseñanza, os responderé, quejaos más bien de que no la escuchais mucho; y es la razon, *porque este es el precepto del Señor*, que os debe ser más amable que todo lo demás; porque es un precepto al que debeis tener una veneracion y sumision en un todo singular, pues el mismo Jesucristo quiso adoptársele y ser especialmente su legislador.

Por esto, la observancia de este precepto es la señal específica y cierta de los verdaderos cristianos. *En esto*, añadía el Hijo de Dios, *os conocerán por discípulos míos*. JOANN. XIII, 35. No os dareis precisamente á conocer como cristianos por los sublimes dones de la oracion y contemplacion, pues sin estos extraordinarios favores se puede ser sólidamente cristiano; tampoco os dareis á conocer por rigurosas penitencias y austeras mortificaciones del cuerpo, pues aunque son buenas, laudables y santas, no es esto, al fin, lo que nos distingue de los infieles, algunos de los cuales practican maceraciones y mortificaciones de la carne mucho más asombrosas que los cristianos. No es esto, pues, por lo que nos reconocerá Jesucristo en su último juicio, sino por la caridad. ¿No era por la caridad por la que los mismos paganos, enemigos declarados de la religion cristiana, distinguian á los que la profesaban? ¿No es aun por la caridad por la que juzgamos, si el espíritu de Dios reina en el hogar de una familia, ó en una casa religiosa? Cualquiera otra señal es equívoca; pero cuando vemos en una casa bien establecida la caridad, y nada descubrimos que la pueda perjudicar, decimos con seguridad, que aquella es una casa de Dios. Y, á la verdad, no nos engañamos, porque solo Dios y el espíritu de Jesucristo es quien puede formar en los corazones una perfecta caridad y mantenerla.

En el precepto, pues, de la caridad están contenidos todos los demás; y á él se refieren todos de tal modo, que S. Pablo le llama: *La plenitud de la ley*. ROM. XIII, 10. En vano intentaria yo observar todos los demás preceptos, si dejaba de observar el de la caridad. Sin esta caridad para con el prójimo, tampoco puedo tener el amor de Dios, que es, no obstante, el primero y el mayor de todos los preceptos. Porque amar á Dios y á mi prójimo, son dos preceptos in-

separables, ó más bien, solo es un mismo precepto, que nos obliga á amar al prójimo en Dios y á Dios en el prójimo. Con efecto, propiamente, en el prójimo es en quien amamos á Dios con un amor sólido y práctico, pues, fuera de él, todo nuestro amor á Dios solo es en la especulacion y en la idea. ¡Divina teología, que nos enseñan todo el Evangelio, todos los escritos de los apóstoles y todos los Libros santos, y que es como el compendio de todas nuestras obligaciones! Si yo no tengo para con mi prójimo la caridad que Jesucristo me manda, aunque yo hablase el idioma de los ángeles y el de los hombres más ilustrados, solo seria, segun las expresiones figuradas de S. Pablo, un metal que suena y una campana sonora. Aun cuando hiciese milagros, trasladase montes y resucitase muertos, ó serian falsos milagros, ó, no obstante, estos milagros, aunque ciertos, no dejaria de ser reprobado de Dios. Porque puede Dios obrar milagros aun por el ministerio de un réprobo; pero éstos no impiden, que aquel por cuyo medio se obran, no pueda absolutamente venir á ser, y aun actualmente sea á sus ojos un objeto de condenacion. Aun cuando yo practicára todo género de austeridad, cuando pasára toda mi vida, ó en oracion, ó en otros santos ejercicios, todos mis ejercicios, todas mis oraciones, y todas mis austeridades me serian inútiles sin la caridad. ¡Excelente instruccion para nosotros, capaz de hacer temblar una multitud de personas, que, severas hasta el exceso sobre los demás puntos de la moral cristiana, viven en una relajacion, ó por mejor decir, en una suma licencia, respecto de la caridad!

Si no amo á mi prójimo tan perfectamente como Jesucristo me manda, es de fe, que no tengo la vida de la gracia: *El que no ama queda en la muerte.* I. JOANN. III, 14. Si no amo á mi hermano, me hallo en estado de muerte; esto es, en estado de culpa mortal, pues solo ésta puede causar la muerte á mi alma. El pecado mortal, pues, en que con más facilidad caen las personas que profesan la piedad, es el que se opone y ofende á la caridad; pues, para pecar gravemente, en este punto, basta un secreto sentimiento de ódio ó de venganza, voluntariamente concebido y conservado. Pecado, que se forma con tanta prontitud en el corazon, que sin una precaucion exquisita es muy difícil impedirlo. Pecado, que con mucha facilidad se convierte en costumbre, en la que se pasan algunas veces años enteros. Hay ciertos estados, que, por sí mismos, nos ponen á cubierto de otras culpas, como son la ambicion, la avaricia y la impureza; pero no hay estado alguno donde no se esté expuesto á esta culpa, pues, por lo comun, en los más santos estados es donde reina con más imperio y más libre de castigo. ¿Hay, pues, atencion y cuidado, que no

debamos tener? ¿Hay circunspeccion de que no debamos usar? ¿Hay precauciones que no debamos tomar?

Nada está más expuesto á tentaciones violentas que la caridad. Como es el alma del cristianismo, y el nudo que sostiene todas las sociedades, no hay esfuerzos que el demonio no haga para arrancarla de nuestros corazones: contra ella emplea cuantos artificios hay y cuanto poder tiene; y, para esto, está protegido y cuidado por nuestras disposiciones interiores, por nuestro amor propio, por nuestro orgullo, por nuestra suma delicadeza, por las contradicciones de los demás, y por todos los accidentes que inflaman nuestras pasiones, y son contrarios á nuestros deseos. Nos es, pues, necesaria una caridad muy sólida y firme para no rendirnos á estos ataques, para reprimir los movimientos más vivos, para mantenernos firmes contra los tiros más penetrantes, y para triunfar de todo cuanto pueda causarla algun detrimento, y quitarla sus fuerzas.

2. Veamos, ahora, los caracteres de esta virtud. Para que nuestra caridad sea tan sólida y perfecta como debe ser, es necesario que tenga todos los caracteres que S. Pablo nos ha referido tan puntualmente, y de los que nos ha hecho una relacion tan exacta é instructiva. *La caridad, dice este grande apóstol, es sufrida, está llena de bondad, no es envidiosa, no se envanece, no es ambiciosa, no procura sus propios intereses, no se irrita, de nadie piensa mal, no se complace en la injusticia, pero sí en la verdad, todo lo padece, todo lo cree, todo lo espera y todo lo tolera.* I. COR. XIII, 4. Excelentes cualidades de la caridad, que comprenden todo el ejercicio y práctica de ella, y que le son de tal modo necesarias, que si una sola le llega á faltar, no solo no es ya una caridad completa, sino que ni aun es suficiente para satisfacer la absoluta obligacion que Jesucristo nos ha impuesto. Volvamos, pues, por su orden, á examinar estos diferentes caracteres, y consideremos á cada uno en particular, para imprimirlos bien en el espíritu y en el corazon.

LA CARIDAD ES SUFRIDA. Por este medio se sostiene y se purifica, porque, segun el modo con que estamos todos formados, no es posible dejen de encontrarse muchas cosas en la vida que nos desagraden, que nos molesten, que nos ofendan, que nos fastidien, y que, naturalmente, nos excitarian á sublevaciones y actos ruidosos. Si nos moderamos y tenemos paciencia, todo se acaba en un instante, todo cae, y no se habla más de ello. Pero si seguimos el primer movimiento, que nos acomete, y á que nos arrastra su impulso ¿cuán perniciosas no son sus consecuencias, y cuánto no cuesta á la caridad? Además, que por la paciencia se purifica nuestra caridad, porque en

las ocasiones que tenemos necesidad de paciencia, y en que la practiquemos, solo la caridad es la que nos detiene. No es, pues, la naturaleza, la inclinacion, ni el gusto, sino la consideracion de Dios, cuyo precepto queremos guardar, y el celo de la caridad, que queremos conservar.

**LA CARIDAD ESTÁ LLENA DE BONDAD.** Ella es modesta, preveniente, complaciente, oficiosa. Y lo más maravilloso que tiene, es, que comunica esas cualidades á muchas personas, que de suyo son ásperas, desabridas, impolíticas é intratables. De lo que resulta, que aun, segun el mundo mismo, no hay personas más sociables, más civiles, más obsequiosas y complacientes, en cuanto es permitido por la ley de Dios, que las personas verdaderamente devotas y virtuosas; y si, por el contrario, se ven algunas, que son melancólicas, violentas, inaccesibles y groseras en todo su modo de portarse, de ellas, y no de la devocion, debemos quejarnos, porque la verdadera devocion es caritativa; y lo que hace el mundo por un espíritu profano, que es suavizar el trato y pulir las costumbres, lo hace mucho mejor la caridad por un espíritu cristiano.

**LA CARIDAD NO ES ENVIDIOSA.** La razon es, porque la caridad consiste en una buena voluntad y en un afecto sincero al prójimo. Desde que se halla un hombre movido de este afecto sincero, y tiene esta buena voluntad, desea al prójimo el bien que no tiene, y, por consecuencia, no se para en envidiarle lo que posee. Pero, en cuanto á lo demás, se puede decir, y es cierto, que no tiene la caridad enemigo más poderoso ni que más deba temer, que esta funesta envidia, que nos infesta con su veneno, y de la que solo saben libertarse bien los espíritus firmes y almas rectas. Hay envidia de las ventajas de otro, de los talentos, de las virtudes y de los elogios que se les tributan; y esto basta para romper unas amistades, que parece deberian durar hasta la muerte. Dos hombres tienen entre sí la más estrecha amistad; pero en aquella misma profesion á que la Providencia los destina, llega el uno á exceder al otro; de modo, que el uno sea aplaudido y tenga mejor acierto, interin el otro esté sin crédito y no se haga de él mencion alguna: esto solo basta para enemistarlos y reducirlos á no conocerse ya, porque la envidia se apodera del corazon del segundo, y le inspira unos sentimientos con los que no puede subsistir una verdadera union. No puede, pues, comprenderse, cuántos estragos ha causado esta pasion tan vil y vergonzosa, hasta en los estados más santos y más consagrados á Dios.

**LA CARIDAD NO OBRA PRECIPITADA NI TEMERARIAMENTE.** Esto es, nos hace vigilantes, circunspectos y atentos sobre nosotros mismos y sobre

los demás; sobre nosotros mismos, para poner cuidado en todo cuanto decimos; y sobre los demás, para conocer lo que les ofende, y abstenerse de ello. Con efecto, supuesto que se necesita tan poco para ofender la caridad, y que una palabra indiscreta, una chanza fuera de tiempo, y un tono algo fuerte en la voz es capaz de exasperar algunas personas; ¿con qué precaucion no debemos mirar su flaqueza? Es, pues, un error el persuadirse, á que solo lo que ofende la reputacion es contra la caridad; y no es menor error el pensar, que solo se perjudica la caridad, cuando se habla ó se obra con reflexion y premeditacion. Pues, por lo comun, las indiscreciones, las imprudencias, y las ligerezas son las que excitan las mayores inquietudes y disensiones. Es verdad, que esto ó aquello no lo decís con malicia, y que pronunciais las cosas antes de haberlas considerado bien, y sin que en ellas hayais comprendido mal alguno; pero, al fin, con vuestra ingenuidad aparente, ó más bien, demasiado precipitada y ciega, habeis impresionado vivamente á los que os escuchan, y les asestais dolorosos dardos. ¿Acaso os excusa de esta indiscrecion vuestra ligereza? No, sin duda. ¿Por qué, pues, no procedéis con más circunspeccion? ¿Por qué no conteneis vuestro impetuoso modo de obrar?

**LA CARIDAD NO SE ENVANECE.** No todos tienen los mismos empleos, las mismas prerogativas; ni viven con la misma distincion, ni los mismos honores; pero cualquiera que se mira superior á los demás, no tiene por esto derecho alguno para despreciarlos ni tratarlos con altivez. Además de que, este modo de proceder altivo y desdenoso solo conviene á los espíritus vanos y frívolos, y nada hay que les acarree más la envidia, ni les suscite más desazones y disgustos. Si ven con grandeza y elevacion á un hombre sin fausto y sin orgullo, que se porta bien con todo el mundo, y que no se deja deslumbrar con su fortuna, no se intenta abatirle, no se maquina contra él, no se granjea enemigos; antes, por el contrario, cada uno y todos están dispuestos á declararse á su favor. Pero si se advierte en él fiereza y ostentacion, si se le vé tomar un dominio imperioso; esto empeña á tirarle en todas las ocasiones, á darle pesadumbres, á desacreditarle en las conversaciones, á arruinar todas sus empresas, y á abatirle y destruirle, si se puede, pues ya no se tiene caridad con él, así como él dá á entender, que con nadie la tiene.

**LA CARIDAD NO ES AMBICIOSA.** Esforzarse á conciliar la caridad y la ambicion, es una quimera. Un ambicioso siempre quiere ascender, quiere ser más atendido que los demás, tener en todo la preferencia, ocupar en todo los primeros empleos; y esto es precisamente lo que arruina en su corazon la caridad, porque nunca faltan competidores y

pretendientes. ¿Con que ojos los mira, y con qué ojos es mirado? ¿No son estas fatales pretensiones las que mantienen en las familias las desconfianzas, los ódios, y las enemistades perpétuas? Pretensiones, que no solo se hallan entre unas y otras casas, sino que tambien se encuentran entre particulares; no solo las hay entre los grandes, sino tambien entre los pequeños; no solo las hay entre los seculares, sino tambien entre los religiosos.

LA CARIDAD NO BUSCA SUS INTERESES. Esta es la más segura de todas las pruebas, para discernir la verdadera caridad de aquella, que solo tiene el nombre y la apariencia. No debemos, pues, juzgar por solas las demostraciones exteriores, aun las más afectuosas y expresivas, pues hay personas, que dan todas las señales de la más perfecta amistad y de una caridad sin reserva; y á pagarse solo del exterior, nada, á lo que parece, puede añadirse á su celo, ni se duda que obren con los más puros fines de un afecto en un todo cristiano. Pero si pudiera penetrarse bien lo interior de su corazon, bien pronto se desengañaría uno, y descubriría en él un oculto interés que los dirige. Por esto, si este interés viene á faltar, y no se encuentra ya en los servicios que se hacian, en la asistencia que se tenia, y en el celo que se manifestaba, se aclara de repente todo este misterio. Estas gentes tan obsequiosas y celosas no os conocen ya, á lo que parece, y ponen en otra parte todo su cuidado y atencion, porque de allí esperan más utilidad. El mismo interés aun es tan sutil, que algunas veces no lo advierte uno mismo, y está en esto engañado como los demás; pero la ocasion es (si se me permite decirlo así) la piedra de toque; ésta es la que descubre el alma, y manifiesta todo el secreto de ella.

LA CARIDAD NO SE IRRITA. Ella puede reprender, corregir, y aun puede, segun ocurran las necesidades, expresarse con energía y firmeza; pero todo esto se hace, ó debe hacerse sin violencia y sin enojo. Es ilusion decir, que se hace así por el bien en que me intereso, y que éste es el que me anima; porque aunque la intencion sea buena, no está justamente arreglada; y si no poneis cuidado en ello, de este buen principio se sigue un mal efecto, que es la pasion. Por más que os lisonjeeis, casi siempre hay pasion en ese fuego y ardor que os agita, del que no sois ya dueño, desde que una vez os abandonasteis á él. La caridad, pues, aun cuando se vea obligada á manifestarse más severa, y aun á usar de rigor, jamás pierde cierta suavidad, que templá todas las cosas, y es como el sánete y gracia de todas ellas; y así, si no se encuentra en ellas esta suavidad, tampoco puede haber caridad, ó no puede haberla por mucho tiempo.

LA CARIDAD NO PIENSA MAL. No es desconfiada ni sospechosa. De

las sospechas y desconfianzas; nacen los juicios temerarios y aversiones, y casi no hay espíritus más peligrosos en la sociedad y trato de la vida, que estas imaginaciones fuertes y recelosas, que se atormentan mucho á sí mismas, y no atormentan ménos á los demás. Un espíritu de este genio, mira siempre las cosas por mala parte, y las interpreta siempre, ó en perjuicio suyo, ó del prójimo. Por lo comun, no son más que fantasmas y quimeras que él se forma; pero, estas fantasmas y quimeras son las que le preocupan y envenenan, le irritan y le mantienen en los más injustos y más mal fundados rencores. Una alma bien dotada, y, principalmente, una alma cristiana y caritativa, está dispuesta, por el contrario, á formar de todo un buen juicio. No es esto decir, que aprueba lo malo, sino que no lo cree fácilmente.

LA CARIDAD NO SE HUELGA DE LA INJUSTICIA; COMPLÁCESE, SÍ, EN LA VERDAD. Si me alegro del mal de mi prójimo, si estoy contento con que se le reprenda, con que se le mortifique, con que se le persiga, y con que se declaren contra él, porque él se declaró contra mí; ésto, no solo es una alegría ruin, indigna de un corazon generoso, sino que es una venganza absolutamente incompatible con esta ley de amor, que nos impone una obligacion rigurosa de perdonar y amar á nuestros enemigos. Asimismo, si no tengo una alegría santa por la justicia que se hace á mis hermanos, y que yo mismo debo hacerles, igualmente que los otros; si no doy á Dios gracias por su adelantamiento, por sus progresos, por el bien que hacen, y por el crédito que adquieren en el público, es prueba cierta de que hay en mí poca caridad, por no decir, que carezco enteramente de ella, supuesto que tampoco hay en ello buena fe, rectitud, ni equidad. Pero ¿acaso hay más en otra parte? Siguiendo estas dos reglas solamente, ¿dónde hallaremos la caridad entre los hombres? ¿No tendremos motivo para quejarnos, de que casi no la hay en parte alguna?

En fin, el Apóstol finaliza con estas palabras: LA CARIDAD LO PADECE TODO, TODO LO CREE, TODO LO ESPERA, Y TODO LO TOLERA. Padeecer y tolerarlo todo es lo que se llama paciencia, de lo que ya hemos hablado. Pero ¿cómo lo cree todo? Esto solo debe entenderse de aquello, que es en ventaja del prójimo; pues, en cuanto á lo malo, segun ya hemos dicho, es extremadamente reservada y difícil á persuadirse. Todo lo que se dirige á la justificacion de otro, lo recibe con una favorable prevencion y una cierta sencillez, que, sin ser en un todo ciega, evita tambien hacerse muy porfiada y penetrativa. Pero, como, no obstante, hay motivos y ocasiones en que la evidencia de las cosas no permite justificarlas por camino alguno, lo que hace entónces la

caridad, es esperar cuanto hay que esperar. Espera, por ejemplo, que aquel hombre mudará de conducta, que volverá de sus extravíos, que se portará mejor en otras ocasiones, que reconocerá su error, que se desengañará de sus preocupaciones, que reparará lo pasado, y dará de ello una entera satisfacción. Esta esperanza, pues, de la que jamás debe separarse, es una razón para tratarle, para excusarle y para atenderle; y esto era lo que obligaba á decir á San Agustín, que debemos amar á los mismos libertinos é impíos, porque pueden, algún día, llegar á ser santos y escogidos de Dios. Tengamos, pues, la caridad en el corazón; y, de este modo, no será necesario prevenirnos de rodeos y pensamientos buenos á favor del prójimo, porque prontamente nos hallaremos de ellos prevenidos.

Nuestra caridad, pues, no quedará sin recompensa; y el mismo S. Pablo nos la promete, cuando añade: QUE LA CARIDAD NO DEBE ACABAR JAMÁS. I. COR. XIII, 8. Ella nos conducirá al cielo, y allí la conservaremos eternamente. Todos los demás dones cesarán: cesará el de la profecía, el de ciencia, el de lenguas, y el de milagros; pero, en la eterna felicidad, en lugar de destruirse la caridad, será allí más abundante y más perfecta. Amabilísimo Salvador, encended en nuestro corazón el fuego sagrado de la caridad. De este modo seremos verdaderos discípulos vuestros, cumpliremos toda la ley, y nos elevaremos, un día, en alas de la caridad, á la mansión feliz, donde ella nos hará eternamente dichosos.

## CARIDAD PARA CON LOS POBRES.

*Date eleemosinam, et omnia munda sunt vobis.*

Dad limosna, y quedareis enteramente purificados.

(Luc. xi, 41.)

Esta es, hermanos míos, una promesa muy grande, y que, para entenderla bien, es necesario saber en que consiste esta corrupción del siglo, que debéis temer, y contra la que os servirá de preservativo la limosna. Es necesario examinar las causas más comunes de que procede, y ver los perniciosos efectos que nacen de ella; y, finalmente, es necesario indagar con cuidado los remedios que podeis oponerle. De ningún modo puedo hacer que comprendais esto mejor, que suponiendo un principio de S. Bernardo, que es indisputable en la moral evangélica. Tres cosas hay, dice este Padre, que están muy expuestas en el mundo, y cuya conservación en él es muy dificultosa: éstas son la humildad, la castidad y la piedad; la humildad, en medio de las riquezas del mundo; la castidad, en medio de las delicias de él; y la piedad, en medio del embarazo que traen consigo los negocios del mundo: *Perichitatur humilitas in divitiis, castitas in deliciis, pietas in negotiis*. Esto es; que es casi imposible tener bienes y ser humilde, vivir cómodamente y ser casto, ocuparse en negocios temporales y no olvidar á Dios. Pero, ved, hermanos míos, el excelente medio que vengo á enseñaros para libertaros de estos tres escollos: el medio, pues, es el ejercicio y la práctica de las obras de caridad. Vosotros os hallais en estados opulentos, cómodos, llenos de negocios en lo exterior, y cargados de cuidados en el interior: y yo intento haceros ver, que nada es más eficaz que las obras de la caridad cristiana, para defender vuestra humildad *del orgullo de las riquezas*; vuestra pureza, *de los atractivos de una vida sensual*; y vuestra piedad, *de la disipación de los negocios humanos*. Imploramos antes los auxilios, etc. A. M.